

El dinero como fantasía

Andrés García Londoño

No cabe duda de que uno de los aspectos menos estudiados en cuanto al dinero es su completa y absoluta inutilidad, si se le despoja de su valor como símbolo. Una cualidad (o falta de ella) que no impedirá que sigamos sufriendo por carecer de él o no tener el suficiente, hasta el punto de llegar muchos de nosotros a matar o morir por él, con lo que se da la paradoja de que el dinero, a pesar de no tener ninguna importancia en el mundo concreto, pasa a tener la importancia última en lo simbólico. Sin duda, los seres humanos somos animales de símbolos y a veces nos cuesta mucho distinguir al símbolo de su realidad, algo de lo que sin duda nacen muchas de nuestras desdichas como especie, así como algunos de nuestros triunfos.

Si lo vemos como objeto, despojándolo de su contenido simbólico, la mayor cualidad del dinero es su combustibilidad. Un millón de dólares en billetes

de veinte puede dar un par de horas de buen fuego. Aunque eso se aplique sólo a su presentación en papel. Si se tiene la misma cantidad en la variante en moneda metálica, es difícil encontrarle otro uso que no pase por la fundición, a menos que uno sea un obsesivo compulsivo encaprichado con los periódicos y tenga muchos escritorios necesitados de pisapapeles. Y si vamos a la representación virtual del dinero, ahí sí que es difícil encontrarle uso alguno. ¿De qué nos sirven esos numeritos que aparecen en la pantalla del computador y que con emociones encontradas chequeamos cuando llega el pago de la quincena?... Despojados de su valor como símbolo, no sirven para absolutamente nada. Son números vacíos que representan una suma de ficciones, de elementos que no existen más que en los transistores del computador central de un banco que le transmite a otros computadores cuántos numeritos le corresponden a cada cliente. Los clientes, a su vez, pueden “gastarse” esos numeritos, pero en última

instancia no están gastando más que un poquito de electricidad entre microtransistores, que consumen prácticamente lo mismo para representar la cifra 1 que 1.000.000.

Para dar un ejemplo de la inutilidad concreta del dinero, no hay que ir tan lejos como imaginar un mundo apocalíptico donde el hombre más rico del mundo vaga con una maleta repleta de billetes sin encontrar a ningún superviviente que se los cambie ni siquiera por una ardilla rostizada. Es suficiente con imaginar a cualquier hombre rico en nuestro tiempo, viajando de afán a un país distinto, donde se habla una lengua que no conoce, y descubriendo al llegar que antes de viajar se ha olvidado de cambiar la moneda de su país de su origen a la local. ¿De qué le sirve todo su dinero? Nadie se lo aceptará. Si no encuentra con urgencia una casa de cambio donde se hable su idioma y se reciban los billetes de su país, pasará múltiples trabajos sin importar que tenga dinero suficiente para comprar una ciudad.

Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
Martiniano Jaime Contreras
Secretario general:
Luquegi Gil Neira
Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco
Diseñadora:
Alejandra Higueta

Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Diego García Sierra

Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria, Luz
María Restrepo, Alonso Sepúlveda, Nora
Eugenia Restrepo, Carlos Vásquez.

El ejemplo anterior nos da una muestra de hasta qué punto el dinero basa su valor en algo tan sencillo como la comunicación. El dinero es un símbolo social, así que fuera del campo simbólico de una cultura en particular no tiene ningún valor. Una muestra de ese valor simbólico del dinero es que cuando este representa valores que son inferiores a su valor físico se producen problemas. No en vano, en Argentina hasta hace un par de años era difícil conseguir monedas y en todas partes se pedía cambio exacto. ¿La razón? Al parecer, el peso argentino se había devaluado tanto que el metal con que se hacían las monedas valía más que la cifra inscrita en ellas, así que había mafias que se dedicaban a recolectar las monedas y fundirlas para revenderlas como metal.

El valor del dinero —desde los primeros tiempos en que se usaron conchas raras como moneda en Mesopotamia hace tres mil años, pasando por los romanos que nos legaron la palabra ‘moneda’ de la deidad de los bienes familiares Juno Moneta, y los chinos de la dinastía Song que fueron los primeros en usar el papel como representación de valores menos portables— depende de que la sociedad como un todo lo acepte como medio de intercambio. Así que, dado que el dinero suele ser una de las mayores fuentes de suspicacia en nuestras vidas, no deja de ser curioso que dependa de un gran

pacto de confianza social, de fe incluso, pues el dinero en nuestros días ya ni siquiera es representativo de algo físico y no está avalado por el oro guardado en una bodega central (Inglaterra fue el primer país en abandonar el “patrón oro” en 1931 y Suiza el último en 1998). Por eso el dinero es un símbolo, pero ya simboliza poco más que una “confianza informada” sobre las condiciones económicas de un país.

Pero la mayor muestra de que el dinero es una fantasía es la más reciente crisis económica. Dado que el valor del dinero no está avalado ya por una riqueza real, sino por la idea de ella —o a veces por el “pronóstico” de cuánta puede haber en el futuro— y esto se exagera por la falta de controles sobre los especuladores, cuando se produjo la crisis no se debió a que hubiera menos riqueza que antes, pues cada objeto en el mundo físico era igual la mañana anterior a la crisis que la mañana siguiente, sino que simplemente la “idea de riqueza” era menor, pues varios de los grandes jugadores habían declarado que no podrían pagar sus deudas y ello provocó que gran parte de los valores sobre los que se negociaba se convirtiera automáticamente en basura invendible.

Por eso, podemos decir que el sistema que hemos escogido para tasar el valor de todo el mundo físico es ante todo una fabulación, un sistema de creencias compartidas y por ello no

más firmes que cualquier otra creencia. Dado esto, no deja de ser curioso que tanta gente no sólo considere que el dinero es una medida realista de algo, sino que además crea que la realidad social misma existe *per se*, cuando lo cierto es que no hay una sola institución humana que resista un poco de reflexión antes de ver que está basada en ideas compartidas en lugar de realidades concretas.

Dado esto, ¿por qué no ser descaradamente fantásticos en lugar de serlo hipócrita o inconscientemente? ¿Por qué no aplicar directamente la fantasía e imaginar y añorar que llegue el día en que la tecnología nos permita pagar con algo más sólido que billetes de valor imaginario, con poco más realidad en ellos que cualquier billete de Monopolio? ¿Puede imaginar el lector, por ejemplo, que pudiésemos recibir un pago en lo más escaso que tenemos, en tiempo? Diez minutos más de juventud por cada hora trabajada, por ejemplo... Eso sí que sería un pago. Y lo que viene al caso es que la idea de recibir una remuneración como ésa no es más fantasiosa que la realidad del dinero mismo, así estemos dispuestos a dar por él sangre y sudor muy reales.

agarlon@hotmail.com



Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tél.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
http://oceanodigital.oceano.com/
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

Yahrzeit

Paloma Pérez Sastre

*Ihé shlamá rabá min shmáiá,
vejaím tovím aleinu veal kol
Israel, veimrú Amén.*

*Osé shalom bimromav, hu
berajamav iaasé
shalom aleinu veal kol Israel,
veimrú Amén.¹*

Kadish de duelo

Quisiera recordar la expresión de mi cara infantil cuando supe que no todo el mundo es católico —cuánta ignorancia carga la masa y cuán cerca se está en ella del peligro de creerse superior—. Mayores horizontes tienen quienes pertenecen a religiones minoritarias, porque en su inevitable interacción social asisten a los lugares de rito propios del medio, y asumen con naturalidad su secuencia y parafernalia. Esta vez me refiero a la comunidad judía de Medellín.

Supongo que fue la primera religión diferente que apareció en mi vida —en la vida real, no en la clase de religión de mi colegio de monjas—, pues a unos señores Ravinovich pertenecía la gran fábrica de telas cuyo largo paredón debía bordear todos los días para tomar el bus —hace poco supe que los judíos son por tradición textileros, debido a la facilidad de llevar el telar a cuestras—. Aunque seguramente nadie me explicó en qué consistía la diferencia entre los dos cultos, imagino mi asombro, la remezón de mis prejuicios y la profusión de interrogantes; sin embargo, cuando a los diecisiete, por culpa del judío autor de *El proceso*, Dios “se me salió” —de la misma manera como de repente el amor se ausenta y en su lugar

queda la perplejidad ante la palidez de quien fue amado—, no consideré la opción de la más antigua religión monoteísta, y mejor exploré, sin suerte, otros campos cristianos.

La asociación con las palabras exterminio y guerra debió de llegar luego, y es posible que su crudo significado viniera a afectarme en la literatura y el cine. La universidad me trajo a Esther Fleischer, quien después resultó escritora. A través de sus primeros cuentos de melancólica belleza pude llegar a la visión poética de ese culto cuya esencia descansa en una suerte de manual de operaciones de la vida cotidiana que cubre desde el nacimiento hasta la muerte, desde el alba hasta el ocaso, desde los alimentos hasta el sexo. Con el tiempo conocí las comidas propias de cada celebración —en contextos domésticos amistosos y no rituales—, que me fueron revelando más que una religión, una cultura.

En uno de los cuentos de Esther me encontré con un adolescente que, como yo a los diecisiete, exploraba otros confines espirituales pero a la inversa: en los lugares católicos de culto. Ahora puedo contar la historia desde otro lugar: desde la orilla de mi condición de convidada, en mi reciente experiencia en el cementerio y la sinagoga; lugares por cuyas puertas cerradas —herméticas, para mí— había pasado tantas veces y donde presencié en vivo dos ceremonias: un funeral y el *Yahrzeit*, o aniversario, de la misma persona difunta.

Me sorprendieron la sencillez, el llanto callado, el recogimiento sincero, sin pompas, flores ni luto de la velación; se trata sólo de acompañar, no rezan. La norma es enterrar el mismo día si la hora lo permite y, si no, pasan la noche en la casa o en una salita del propio camposanto. La caja de madera sencilla, elaborada sin clavos, reposaba sobre el piso



Juan Felipe Robledo. Bogotá, 2010

cubierta con una tela de seda con la estrella de David bordada en el centro. A su lado permanecían las dos amigas de la mujer — pertenecientes a la sociedad de entierro ritual o *Jevrá Kadishá*—, quienes amorosamente habían lavado y amortajado el cuerpo, vedado para siempre desde entonces a la mirada ajena. Los demás hablaban en voz baja con naturalidad.

Parecido sosiego presidió el enterramiento al día siguiente. Traspasar el portón metálico, en una calle pendiente y transitada, significa entrar en un ámbito donde un aire claro y amplio obliga a cambiar la velocidad del pensamiento y la respiración. Sabía que la herencia religiosa viene por línea materna, y por eso extrañé el hecho de que la ceremonia en su totalidad fuera conducida por hombres con sus *kipás* —también la informalidad de los atuendos; nadie se parecía a los judíos de barba y trenzas vestidos de negro, ni a las mujeres pálidas de pelo y falda largos que había visto en Nueva York—. Ellos llevaron la caja de madera a la tierra abierta, para depositarla en un hoyo profundo sin recubrimiento de cemento, y fueron los primeros en lanzar los tres puñados de tierra, que retumbaron secos como un tambor destemplado, sobre la madera. A continuación vinieron un rezo y el canto del rabino. Las mujeres no tienen la palabra en los ritos judíos.

Un año después, quienes habíamos asistido al funeral volvimos a encontrarnos para el *Yahrzeit*, o rito del aniversario. En la sinagoga reconocí muchas caras que ahora me sonreían. El entorno era nuevo; heme ahí en un templo judío: un recinto me-

diano rectangular con bancas de madera en tres de los costados, alrededor de un gran pupitre ubicado sobre una plataforma. Algunos vitrales, ningún ícono. En el extremo oriental, presidiendo el tabernáculo, una luz roja —*ner tamid*, que evoca la luz perpetua que brillaba en el templo de Jerusalén—, sobre una inscripción en hebreo, y encima de la *Janukiá*, el candelabro de nueve brazos. En el pupitre, mirando hacia el tabernáculo, un señor mayor barbado, que supuse el rabino, vestido con un chal blanco y negro, o *talit*, leía y se balanceaba; a su izquierda, en un nivel inferior, por fuera de la baranda de la plataforma, otro hombre más joven, de barba, con *talit*, lo imitaba en silencio. Asistentes de todas las edades entraban, se saludaban y conversaban.

Las mujeres deben ubicarse a la derecha fue la única instrucción que recibí; mientras tanto, algunos de los escasos hombres recién llegados se ocupaban en darse siete vueltas en el brazo izquierdo con unas cintas de cuero que llevaban unos aparatos negros parecidos a cámaras fotográficas o a lámparas de minero. Se trata de las filacterias o *tefilín*: pequeños recipientes que guardan, para su eterna memoria, enrollados en minúsculos pergaminos, algunos pasajes de la ley de Moisés:

Éxodo 13-9: “Y será para ti como señal en tu brazo y como recordatorio en tu frente, para que tengas en tu boca la ley de HaShem; porque con mano fuerte te sacó HaShem de Egipto”.

Éxodo 13-10: “Guardarás este precepto, año tras año, a su debido tiempo”.



Óscar Collazos. Medellín, 2011

Pasaba la hora y el rito no comenzaba, gravitaba cierta inquietud; aún no se completaba el mínimo de diez hombres requerido. Por ahí se oyó una voz femenina: “¿Todas estas mujeres no haremos un hombre?”. Otro signo de la paradoja de la matrilinealidad ya advertida que remarca la nulidad de las mujeres —como ceros situados a la derecha, deberían contar, digo yo—, y sólo les queda recordarlo en chiste. Será esa la razón por la que no cesó el murmullo: “aquella es la esposa, la hija, la... de tal” o “cómo está de gorda fulana o de barrigón perano”. Tanto que alguna de las sentadas adelante se volvió para decirles “cotorras”. Así, y una vez completado el quórum, transcurrió la ceremonia. El rabino leía y cantaba en hebreo —las únicas palabras distinguibles eran Israel y Amén—, y los fieles lo seguían con un libro en la mano. A veces inclinaban el torso hacia delante

y hacían una especie de venia circular. Hacia el final, los cantos se fueron animando y el oficiante se volvió para dar la cara al público y pedir unos rezos por los enfermos de la comunidad.

Después de un desayuno generoso, exquisito y variado, como todas las comidas que acompañan los rituales judíos —una verdadera comunión, coherente con la plegaria por “una buena vida”—, viene la visita al cementerio para descubrir la lápida. A pesar de las circunstancias, sentí placer al volver a ese lugar esa mañana clara. Reinaba una atmósfera de tristeza moderada. El camposanto, un rectángulo pequeño con unas seis líneas de lápidas ordenadas, se me presentaba tan familiar como la ropa que oreaba al viento en las terrazas del barrio circundante. Luminosas se veían desde allí las laderas orientales. Se trata de otra ceremonia sencilla y profunda: unos rezos cortos y el despojo de la lápida de la lona que la cobijaba. Allí reposará para

siempre el cuerpo de la difunta señora. Los judíos vuelven a ser uno con la tierra; no hay incineración ni cenizas al viento.

La retirada incluye una visita a los familiares muertos, dispersos en aquel vecindario de mínimas moradas individuales. Observé otra vez inscripciones en hebreo, estrellas de David y alguna *menorá*, labradas sobre mármol gris. Leí los lugares de nacimiento: Turquía, Polonia, Rusia, Alemania, Lituania, Rumania, los nombres bíblicos y los apellidos en otros idiomas. Imaginé refugiados empapados de horror pero curtidos en las artes nómadas; expertos en sobreponerse a una nueva huida confiados en la fuerza de su religión y la solidaridad de su tribu. Como no acostumbran usar flores cortadas, porque ello equivaldría a añadir al duelo la muerte del vegetal, toman una piedra del camino; con ella le dan tres golpes a la lápida y la dejan encima. Algunas exhibían dos o tres piedritas alineadas —serían las

más visitadas—. A ese gesto me sumé después de que mis amigos me presentaron sus antepasados. Entonces, por un momento, hice parte de una pequeña sociedad mixta, unida por el afecto y la común condición humana. Una sensación nueva de limpieza y paz, y un sentimiento de que la muerte es algo sencillo y natural, impregnaron la partida.

sastreperez@gmail.com
Profesora de la Universidad de Antioquia

Notas

¹ Haya paz abundante del cielo y una buena vida para nosotros y para todo Israel, y decid Amén. El que hace la paz en los cielos, hará la paz sobre nosotros y sobre todo Israel, y decid Amén.



Hotel Chelsea Ignacio Piedrahíta

Algunos lo tildaron en su momento de “refugio de vagabundos”, otros lo llamaron “espacio de descanso para individuos extraños”. Dicen que sus pasillos penumbrosos olían a una mezcla de ladrillo con vapores de pintura y humo de fragantes cigarrillos. Dicen que era un lugar para reinventarse, o para llevar a cabo deseos muy personales. El “suicidio” más sonado fue el de Dylan Thomas; el asesinato, las nunca probadas puñaladas de Sid Vicious a su novia; el incendio de la habitación de Edie Sedgwick, musa de Andy Warhol. Dicen que el Chelsea fue una gran familia en medio del caos justo y necesario de la vida vivida libremente. Y dicen, sin equivocarse, que fue uno de los pocos lugares en los que la cultura se consideró como



José Luis, Federico Díaz Granados e hijo. Bogotá, 2009

algo que estaba ocurriendo y que era causado por la gente.

Un ambiente como este no habría sido posible en el edificio victoriano de doce pisos de ladrillo rojo de la calle 23 Oeste de Manhattan sin un genio propiciatorio: Stanley Bard, gerente desde 1955 hasta 2007. Este hombre de poético apellido fue el autor de una dictadura en la que se privilegiaba el alquiler de habitaciones a los artistas, quienes estaban exentos de firmar pagarés o adjuntar los papeles de un fiador. Únicamente necesitaban el visto bueno del señor Bard, quien lo otorgaba o lo negaba tras una corta conversación en su despacho. Si la respuesta era un sí, la escasez de dinero tenía solución, pues siempre existía la posibilidad de que se aceptaran obras en parte de pago.

Patti Smith, poeta y música, quien llegó en 1969 a la habitación 1017 en compañía de su novio Robert Mapplethorpe, habla de un Bard condescendiente pero serio en su papel de gerente. En su caso, a pesar de haber ofrecido un interesante portafolio de dibujos, no hubo otra manera de alojarse allí que pagando en dinero los cincuenta y cinco dólares a la semana por la habitación más pequeña del hotel que Bard les asignó. Para ambos, apenas de veintitrés años, la estadía en el Chelsea era una verdadera inspiración, una promesa, una motivación adicional a la fuerza creativa de cada uno. La cantante recuerda con claridad el primer día en aquella habitación, donde Mapplethorpe temblaba bajo los efectos de una venérea incurada: “Qué distinta parecía la luz del hotel Chelsea cuando iluminaba nuestras cosas. No era luz natural, sino luz vertida

por la lámpara y la bombilla del techo, intensa e implacable, pero parecía impregnada de una energía única”. Un médico residente en el hotel le puso antibióticos a Mapplethorpe sin necesidad de que le pagara de inmediato. Habían llegado al lugar indicado.

En el 2007, a sus setenta y dos años, Bard seguía sosteniendo, lo mismo que en las tumultuosas décadas de los sesenta y setenta: “No hay nada más importante para una persona creativa que estar en un buen lugar, en un lugar alegre, en un espacio creativo. Y el Chelsea lo tiene”. Gracias a sus desinteresados principios, muchos artistas tuvieron un lugar para continuar sus obras. Arthur Miller llegó después de la separación de Marilyn Monroe para trabajar en *Después de la caída*, y Arthur C. Clarke escribió allí su *2001: Odisea en el espacio*. Bob Dylan y Leonard Cohen compusieron canciones durante su estadía en el hotel. De los escritores Beat, William Burroughs parece ser quien más tiempo pasó allí como residente, mientras que Allen Ginsberg solo iba a conversar y a visitar, ya fuera a un amigo en su habitación o al restaurante bar El Quijote, al que se accedía directamente por el vestíbulo.

La partida de Stanley Bard, a quien Arthur Miller recordaba en los sesenta como un “un judío húngaro de ojos azules, bajito y de cara redonda, despejada y alegre, lleno de energía”, fue el golpe de gracia al mítico Chelsea. Los dueños consideraron que una empresa especializada haría mejor trabajo que el viejo judío húngaro y su hijo David, y los despidieron. Y con ellos salió también buena parte de los artistas, pues el precio que fijó la nueva gerencia sobre cada una

de las cien habitaciones filtró los huéspedes según la capacidad de su chequera, que en el mejor de los casos correspondían a bohemios de corazón con cuenta bancaria de estrellas de cine. Pero en el 2011 los dueños fueron más allá y vendieron el hotel a un inversionista. Dicen que en realidad conservarán sus acciones, y que lo que querían era vaciar el edificio y atraer gente más pudiente. Por lo pronto, mientras se cierra el trato, o sea, durante aproximadamente un año, los inquilinos de los 124 apartamentos que tiene el hotel, aparte de las habitaciones, podrán permanecer allí.

Lo paradójico de este cambio es que en un futuro no muy lejano el Chelsea pasará a ser lo que inicialmente se pensó en 1883, año de su construcción: apartamentos de lujo para familias adineradas. El interior del edificio será remodelado completamente para que quede a tono con el Manhattan caro, aséptico y turístico que lo rodea. El barrio que antes fue bohemio es ahora un lugar elegante en el que el viejo Chelsea peca de anacrónico. Se dice que se conservará la decoración, es decir, las obras obtenidas en pago durante décadas, que actualmente decoran los pasillos, pero no hay nada que lo garantice. En medio de la nostalgia de los que saben que el Chelsea no volverá a ser el mismo, el único tranquilo parece ser José Pérez, encargado de El Quijote, el bar contiguo, quien dice con ingenua seguridad tener un contrato firmado hasta el 2048.

Lo que quedaba del Chelsea de pasillos oscuros e inspiradores, pues, ha cerrado sus puertas. Hasta agosto de 2011 se pudo reservar allí una habitación. Los inquilinos de los apartamentos

dicen sentir el vacío de los que vienen y van, y quizá Stanley Bard esté preparando ya el libro que todos le piden sobre el legendario edificio. Sería interesante una historia del hotel por parte de quien, dice su hijo, lo primero que hacía al llegar a casa por la noche, y al despertarse en la mañana, era llamar al hotel para preguntar quién había llegado o qué había ocurrido durante su ausencia. Valdría la pena saber cómo logró un gerente sobrevivir a las presiones de los dueños que esperaban ganancias, así como al mal comportamiento de sus artísticos huéspedes. Quizá todo haya sido cuestión de no querer estar enterado de problemas, como sospechaba Arthur Miller, quien un día fue a quejarse por el humo de marihuana en los ascensores y Bard le respondió: ¿Cuál humo? Buena muerte al Chelsea, de parte de los que nunca pisamos su alfombra.

agromena@gmail.com



Las mirlas asesinas

Eduardo Escobar

En un prólogo escrito para una antología de textos de don Tomás Rueda Vargas sobre la Sabana de Bogotá, Alfonso López Michelsen observaba cómo los años y la industria humana habían alterado el mundo de la botánica en el altiplano, desde los arrayanes y los encenillos y los tunos y los capes y el mortuño de los tiempos de la conquista y los arbolocos y los borracheros de la primera república, bajo cuyas frondas pasaron los poetas de la cuerda de Silva, los músicos amigos

del Chapín Quevedo y Epifanio Garay con una caja de pinceles nuevos bajo el brazo, hasta el imperio de los urapanes y los eucaliptos que colonizaron las plazas y los cerros de la ciudad modernista que surgió de las cenizas del 9 de abril. López observa también que las flores de la Sabana de hoy, la del carrusel de las contrataciones y los viaductos en perpetua obra negra, a las cuales nos hemos acostumbrado como si fueran autóctonas, tienen muchas veces orígenes africanos. Y a propósito menciona el agapanto azul, que tiene ese azul propio tan solo de los agapantos y de algunas suecas viejas, y el fúnebre asfódelo de los poetas, que en un poema de Pound le sirve a un viejo para arrear un burro, y el cartucho. Aunque no sabe decir cómo se adaptaron en la capital, tan cerca de las estrellas que hiela, estos afrodescendientes, acostumbrados a los jardines de Nigéria.

López en su prólogo contagia la admiración por don Tomás Rueda Vargas, a quien alaba como a un hombre discreto y sensato y a quien califica de menudo y enjuto. Deja la impresión de haberlo querido mucho. Y de admirarlo, como si hubiera sido un Humboldt de bolsillo, entregado a la descripción del paisaje de su vecindario desde su casa situada en la entonces remotísima hacienda Santa Ana, hoy calle 116, con la misma amorosa dedicación con que se esforzaba por recrear la formación de los ejércitos colombianos, por contar la historia menuda de su ciudad y por recordar con pelos y señales los avatares de sus coches de caballos con los nombres de sus propietarios y sus cocheros, que se le trastocaban muchas veces a pesar de su buena memoria.

Don Tomás descubrió que el alcaparro, por ejemplo, fue traído por el legendario Arzobispo Arbeláez. Que el eucalipto, tan desprestigiado por los jardineros de ahora y por los urbanistas que lo acusan de destruir los andenes y romper las alcantarillas, contó con la devoción del presidente Manuel Murillo Toro. Que las primeras plantaciones de ciruelos, peros y manzanos las sembró por allá en los campos de Chía, Zipaquirá y Nemocón Manuel Vicente Umaña, uno que quería hacerse cartujo como un primo suyo. Y pregunta López por qué entre las variedades del sauce se hizo tan esquivo el sauce llorón. Y por qué nadie consiguió aclimatar el clásico pino navideño. Y quién trajo las primeras camelias emblemáticas del romanticismo que los caballeros lucían con el frac.

La mano esforzada de los horticultores alteró la fisonomía



Fernando Cruz Kronfly. Medellín, 2011

del paisaje vegetal y de rebote influyó sobre la fauna. Entonces la gente aún carecía de una noción clara sobre la coherencia y la interdependencia de todas las cosas y no sabía que al plantar un árbol alteraba toda la realidad circundante y atraía alimañas nuevas y nuevas plagas detrás de las mejoras.

Las mirlas patiamarillas, que ahora mismo picotean en los cerezos criollos, *Prunus Capulli*, en los antejardines bogotanos, no son nativas del altiplano cundiboyacense. Se ha supuesto que llegaron detrás de los nuevos frutos importados por los curiosos como Manuel Vicente, el que quiso hacerse cartujo. Lo mismo que esas palomas llamadas maracaiberas, proliferantes hoy junto a las tiendas de granos de los barrios, tan parecidas a las tórtolas, pero más grandes y menos tímidas y más sucias y proletarias. Hace cincuenta años eran desconocidas en los lóbregos cielos bogotanos y en los lóbregos asfaltos, del mismo color del cielo, como si fueran hermanos gemelos, como si fueran espejos enfrentados.

Porque el clima también cambió con los años, haciéndose más suave y cálido. Y el color de la tierra y el sabor de las nubes. El calentamiento global incluso transfiguró la cara de la gente, haciéndola más alegre en una ciudad más mestizada, menos homogénea de como la recuerdo a mis diez años cuando llovían de día y de noche en el barrio Teusaquillo unas aguas cuajadas de hollines, y a veces pasaba un trolley suspirando, echando chispas, colgado de las cuerdas del tendido eléctrico, y el percherón paciente y mojado de la cervecería Germania que surtía las tiendas con ese brebaje con el cual el



Esther Fleisacher. Medellín, 2011

masón Kopf desplazó la chicha campesina de los chibchas.

La proliferación de las mirlas, esos pájaros sin gracia aparente que recuerdan tanto, de lejos, a los cuervos, se convirtió más tarde en un peligro para la supervivencia de las especies aborígenes menores. Como el humilde pinche, o copetón pardo, con visos rojos, tan familiar en todas las ciudades americanas del hemisferio norte, entre Los Ángeles y San Francisco y San Juan de Pasto. De canto tan corto pero tan melodioso y diáfano, cuyas crías roba ese predador antipático.

Una tarde hace años, por los lados del antiguo cine Palermo, ahora convertido en templo del Espíritu Santo, asistí al drama del saqueo. Y vi como una familia de pinches perseguía con gran alboroto, entre el humo de las busetas, a una mirla que se llevaba en el pico uno de sus críos. Pero al fin debieron resignarse a perderlo.

Y antes de retomar el camino a nuestras cosas, ya que nosotros éramos igual de impotentes para impedir el sacrificio, los tran-

seúntes contemplamos abortos y aterrados cómo la mirla destrozaba con aire victorioso la implume criatura, asentada en el oscuro caballete de una casa rodeada de urapanes embellecidos por la pátina del sol de los venados.

Con todo y las amenazas que representan para la fauna original de la Sabana las pardas mirlas asesinas, hay que reconocer, a favor de la música contra la ecología, los méritos musicales de estos predadores de los nidos ajenos. En las madrugadas azules bogotanas, donde aún quede en pie una acacia negra, que es donde prefieren instalar sus intrincados nidos perfunctorios, o un cerezo cercano, pues allí banquetean por las tardes, siempre será posible escuchar el regalo del canto complejo y variado de este pájaro ladrón cuya dulzura desbarata el corazón más empedernido. Es de una belleza y una creatividad inefables. De una melancolía indefinible. De una ternura para la cual no encuentro explicación en un ave como ésa carente de escrúpulos y del color tan poco atractivo de los mameyes podridos.

eleonescobar@hotmail.com



Destino y libertad

Luis Fernando Afanador

Las moscas, de Jean Paul Sartre, fue la primera obra que me cuestionó seriamente el determinismo. Actuamos porque elegimos, porque optamos. No somos pasivos ante las circunstancias: nacimos para decidir. Orestes (bajo el nombre de Filipo) elige ser el asesino de

Egisto y Clitemnestra: es su único camino hacia la libertad.

Entonces, ¿era equivocado lo que yo había aprendido con el marxismo y el psicoanálisis? Según esas disciplinas, uno actúa de acuerdo a las circunstancias históricas, de clase, y de acuerdo a su pasado personal. El libre albedrío, por la época en la que leí a Sartre, tenía para mí muy poco valor. No pasaba de ser un mito burgués que, por cierto, me había hecho perder el interés en el derecho, carrera que acababa de terminar. ¿Un sujeto libre con capacidad para decidir? Imposible, decían Marx y Freud, y lo ratificaba el filósofo Spinoza: “Llamamos libertad a la ignorancia que tenemos sobre las causas que nos determinan”.

En los años setenta escribíamos y pronunciábamos la palabra Historia con mayúscula. Éramos tan poca cosa frente a

la Historia. Ella, con sus leyes inexorables, podía aplastarnos si osábamos interponernos en su camino. La Historia tenía la clave del futuro y, por supuesto, de nuestro destino. Algo ya escrito, ya decidido de antemano. La libertad existía para plegarnos a los designios de la Historia. En ese contexto, las inquietudes de Sartre sonaban extrañas, provocadoras. Decir “yo elijo, yo hago mi historia”, sonaba absurdo y en contravía de la Historia. Ser libre equivalía a ser rebelde: un anatema. “Porque soy un hombre, Júpiter, y cada hombre debe inventar su camino. La naturaleza tiene horror al hombre y tú, soberano de los dioses, también tienes horror de los hombres” (Filipo, en *Las moscas*, de Sartre).

Qué paradoja, Sartre había escrito esa obra como un símbolo de la resistencia francesa contra el nazismo, y yo la podía leer como un símbolo de resistencia contra la dictadura marxista de la Historia. Nadie sabe para quién escribe y menos Sartre, quien nunca fue capaz de ver la viga en su ojo propio, y no precisamente por su estrabismo, sino por su dogmatismo como intelectual, no como artista. El que sí supo ver la viga fue Albert Camus, su compañero en la aventura existencialista, pero capaz de apartarse en el momento oportuno de las tentaciones totalitarias de Sartre y los demás intelectuales de izquierda europeos. En *El extranjero*, Camus nos dio otra maravillosa lección sobre la libertad y el destino. Cuando está a punto de ser expulsado de la sociedad y del mundo, Mersault comprende todo, comprende el sentido errático de su vida y la asume a conciencia. Finalmente, va a morir como un hombre

libre, dueño de sus razones y de sus equivocaciones:

Como si esta tremenda cólera me hubiese purgado del mal, vaciado de esperanza, delante de esta noche cargada de presagios y de estrellas, me abrió por primera vez a la tierna indiferencia del mundo. Al encontrarlo tan semejante a mí, tan fraternal, en fin, comprendía que había sido feliz y que lo era todavía. Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, me quedaba esperar que el día de mi ejecución haya muchos espectadores y que me reciban con gritos de odio.

Con su análisis “interminable”, el psicoanálisis nos ataba al pasado y reducía de manera considerable el papel del Yo en la toma de decisiones, en la encrucijada de la libertad. El Yo es otro reprimido. Sin embargo, hay que resaltarlo, para bien o para mal, el psicoanálisis le dio un valor a la vida personal, a la pequeña historia pequeñoburguesa condenada por el materialismo histórico. A la distancia, algo positivo, un bálsamo entre tanta conciencia “colectiva”. El psicoanálisis hizo menos abstracta la sociedad abstracta de la cual nos hablaba el marxismo. Edipo ciego y esclavo de su pasado le dio un contraste necesario a la figura del militante imperturbable, caminando rápido y seguro hacia el futuro cierto de la sociedad sin clases.

Enhorabuena el existencialismo nos salvó de los determinismos. Y nos confrontó de otra manera con el tema de la libertad y el destino. Aunque ya el muro cayó, la Historia llegó a su fin y el bueno de Sigmund Freud pasó



Fernando Herrera. Bogotá, 2008



Jorge Cadavid y su esposa Patricia Valenzuela. Bogotá, 2009

al anaquele de los literatos, del que nunca ha debido salir. En la era de la posthistoria, del mundo globalizado y conectado, la libertad devino en interactividad: opinar y votar. Y a veces menos que eso: el emoticón del chat y el “me gusta” del Facebook. No es casualidad que la doctora Melfi, de la serie de televisión estadounidense *Los Soprano*, renunciara a seguir psicoanalizando a Tony, un personaje emblemático de nuestro tiempo: “Le estoy dando motivos de justificación a un psicópata que no tiene cura”, concluye. Grave conclusión, pues Tony Soprano representa nada menos que al capitalismo mafioso, cada vez más poderoso.

Los griegos elaboraron una rica representación del tema de la libertad y el destino. Para ellos fue una lucha titánica. Su libertad consistió en arrebatárselos a los dioses el control del destino humano. Una empresa nunca alcanzada del todo. La predestinación calvinista —el destino ya está escrito— fue el alimento espiritual del capitalismo. El

destino individual endosado a la Iglesia —y luego al Estado— fue la contribución de la Contrarreforma y el lastre que le dejó España a sus colonias. ¿Se puede vivir sin una representación simbólica de la libertad y el destino? No lo creo. Por fortuna, en la época actual tenemos varias para escoger. Está la vieja solución de Dios, del creciente fanatismo religioso. Y, para los más escépticos, la “suerte caprichosa”, muy bien escenificada en la película *Match Point* de Woody Allen: una bola de tenis, un anillo, vacilan en forma caprichosa antes de caer. Pueden caer de un lado o del otro. Pueden salvar a los asesinos que quedarán impunes. Una visión del destino no sólo arbitraria sino además chambona. Hay para escoger. Por lo pronto, fiel a mis existencialistas, yo prefiero quedarme con un frase de Borges: “Todo hombre tiene la hora, el instante, en el que sabe quién es y cuál es su destino”.

lfafanador@etb.net.co



El gran Vázquez

Álvaro Vélez

Editorial Bruguera era, a mediados del siglo pasado, una factoría de historietas que se hacían en un proceso similar al industrial. Era necesario cumplir a cabalidad con los tiempos de entrega para las diferentes publicaciones que manejaba la editorial. Los dibujantes, por lo tanto, estaban siempre en una continua labor, en los escritorios de las oficinas de Bruguera, en profunda concentración con su trabajo, pues las distracciones eran vistas como un grave obstáculo para la dinámica de producción de una editorial que no podía darse el lujo de frenar sus múltiples publicaciones.

Pero en toda organización hay elementos que obstaculizan el buen desempeño. O, mejor dicho, individuos que no están dispuestos a seguir el camino de los demás, por el solo argumento de la prosperidad de la empresa colectiva. En las oficinas de Editorial Bruguera, por allá en los años cincuenta y sesenta, había un “agente” disociador: Manuel Vázquez (Madrid, 1930 - Barcelona, 1995).

Es indudable que Manuel Vázquez era el más brillante de los dibujantes de cómics dentro la empresa editorial, por lo menos hasta la llegada de Francisco Ibáñez (creador de los famosos detectives *Mortadelo y Filemón*), quien por su disciplina y productividad terminó destronando a Vázquez como el mejor de Bruguera. Pero también sería el mismo Manuel Vázquez quien se encargaría de acabar con su propia reputación. A pesar de sus exitosos personajes, como *La familia Cebolleta*, *Las hermanas*

Gilda o Anacleto, agente secreto, su propia vida parecía eclipsar su excelencia creativa. Vázquez era un moroso empedernido, al parecer nunca logró llegar a fin de mes, y sus cuentas se elevaban cada vez más (sobre todo con el servicio de sastres), lo que propició una serie de engaños en la editorial: un permiso y un adelanto, por la falsa muerte de su padre; entregas de historietas con chistes repetidos en ediciones anteriores; páginas de historietas sin terminar; promesas de entregar trabajo con pagos adelantados (obviamente, el trabajo nunca llegaba).

Pero la vida de Manuel Vázquez no para ahí; se trata de un excelente dibujante, el mejor de su generación, pero también de un auténtico caradura, un pillito, un vividor de tiempo completo. Con tal de poder cobrar y salir de la asfixiante atmósfera fabril de Bruguera, Vázquez hacía hasta lo imposible. Pero igualmente es verdad que, en cierto sentido, este dibujante estrella y rufián al mismo tiempo, contribuyó a que las condiciones en el trabajo de los dibujantes de historietas en España fuera de un poco más de respeto. Es interesante escuchar al propio Vázquez sobre cómo era el entorno laboral, por aquel entonces, en la Editorial Bruguera:

Éramos como los esclavos de galeras, pegados al tablero de dibujo sin parar de dibujar. Controlándolo todo estaba el inefable señor González. El señor Bruguera iba de respetable burgués catalán y no se rebajaba a tratarse con la chusma que tenía a sus órdenes. Así que buscó un capataz de confianza, que era el amigo González. Este González era, pues, una especie de

Robespierre, de Rasputín que lo controlaba todo y que ejercía de padre de todos nosotros. A veces iba de benévolo, a veces pegaba alguna que otra bronca...

Puede pensarse entonces que Manuel Vázquez era, además o a pesar de pillito, un transgresor de la norma, de las duras condiciones laborales de la editorial. Aunque no se puede negar que Vázquez se tomaba la vida de manera muy relajada y sin vergüenza. No sólo fue dibujante sino también proxeneta, pues tuvo una casa de prostitución en Madrid (en la calle Ayala, según cuenta él mismo), se casó varias veces, tuvo once hijos e ingresó a la cárcel en tres ocasiones (una de ellas por bigamia). Manuel Vázquez parece ser un tipo que no se las dio de media tinta; además de una vida licenciosa, está el testimonio de sus innumerables páginas de cómics, en especial las de su personaje de *El tío Vázquez*, una historieta basada en sus propias correrías, picarescas y fechorías.

En 2010 se estrenó en España la película *El gran Vázquez* (dirigida por Óscar Aibar), que muestra, a manera de una tragedia-comedia o al estilo de la picaresca cinematográfica, parte de la vida de este dibujante —quien es protagonizado por el reconocido actor Santiago Segura—, sobre todo de sus engaños al servicio de sastres y conserjes, y sus trucos para evadir el trabajo. Pero también gran parte del testimonio de este hombre que vivió engañando, para escapar de las ataduras de la vida laboral, está contenido en sus páginas de historietas, obras cargadas de dinamismo, muchas de ellas con un dibujo y una narración

para el público infantil, pero que guardan entre sus viñetas las peripecias de un pillín, de un niño grande como Manuel Vázquez.

truchafrita@hotmail.com



Jacques Brel, intenso

Claudia Ivonne Giraldo Gómez

*Déjame volverme
la sombra de tu sombra
la sombra de tu mano
la sombra de tu perro.*

Jacques Romain Georges
Brel (Bruselas, 1929-París, 1978)

La canción me daba vueltas desde hacía días en el pensamiento; volvía terca y no se iba, como una obsesión. ¿Cómo era? ¿Qué decía? Solo fue hasta que se me ocurrió buscarla en Internet y en esa maravillosa página de YouTube, en la que cualquier cosa puede pasar y aparecer, que llegó hasta mí, completa, como por ensalmo. Recordaba solo que se trataba de un tango que interpretaba una orquesta en kimono y que cantaba alguna voz masculina suave y fuerte a la vez, como si le hubieran pasado papel de lija. Así que tecleé. Primero me aclararon gentilmente que la orquesta era la de Tokio, el cantante Ikuro Abo, y el disco, que se perdió hace años, *Tango en Kimono*, cosa que no estaba lejos de mi recuerdo. La canción, *Naranjos en flor*, o *Sukiyaki*.

Sencilla, simple, es una canción de amor y de esperanza. Y a juzgar por la cantidad de intérpretes que ofrecen en la página, parece estar muy cerca de la historia y del sentimiento del

pueblo japonés: el hombre se va de Nagasaki y añora el amor de la bella Sukiyaki. Se promete amarla fiel y profundamente, casarse con ella en primavera, cuando los naranjos estén en flor, y tener su hogar allá, en Nagasaki. Lo demás lo hacen los violines, el piano y un bandoneón extraño en esa historia tan universal y tan lejana. “Un verdadero y gran amor”.

Procedí a hurgar en la memoria y a buscar esas otras canciones que había dejado de escuchar porque se fueron con los L.P. Recordé entonces la entrañable *Ne me quite pas*, y la voz de Jacques Brel. Después de unos segundos, lo vi, por primera vez, en blanco y negro: tal vez se trata de un programa de televisión francés o español de principios de los años sesenta. Corbata delgada, saco y pantalón arrugados, y una expresión de desolación tal que hace que uno sienta esa mezcla de rubor y compasión ante la pena ajena.

El hombre no es bello, pero tendría que tratarse de una mujer de hierro para no rendirse ante el encanto de esas lágrimas, de ese desconuelo tan grande, de esos dientes dispares, de esa intensidad en la mirada, en la expresión. La letra fue compuesta por él —eso es lo que dice Internet— para responder a un reto de unos amigos acerca de quién era capaz de escribir la canción de amor más cursi. Ahora, lejos de las pasiones de la juventud y conjurados casi todos los fantasmas, la canción vuelve a recordarme esa época en la que la intensidad no era un defecto ni su poseedor una cruz. Ser intensos era un sello distintivo generacional, una manera de ver y percibir el mundo, una actitud de vida y hasta un estandarte.



Roberto Rubiano y Luz María. Calarcá, 2010

No me dejes es una canción de un amor complejo y terrible: allí el amoroso está atado a su dama como un vasallo agónico que pide, también como un niño, que no lo dejen. Sin esperanza, solo pide ser la sombra de su sombra. Tonta actitud, si se quiere, pero cierta hasta el tuétano. No sé, y creo que no sabré nunca, si cada época tiene una manera diferente de amar, y si, para referirnos a estos días que corren, habrá que referirse a “otra época”. Tal vez es muy pronto para saberlo, pero en esa canción, aparentemente exagerada, en donde el amante desgarrado ruega por amor, hay un secreto, un conjuro, ese algo que hace que una producción humana se convierta en ícono y en la representación de una generación. *Ne me quite pas* es un himno, es el momento por el que recordamos que alguien, alguna vez, suplicó por la sombra

de nuestras manos, o que, otra vez, quisimos ser de alguien, al menos, la sombra de su perro.

claudiaivonne09@gmail.com



Los mandamientos

Luis Fernando Mejía

Existen dos mandamientos que se perpetúan, tal vez en todas las religiones predominantes, y que han traído graves daños colaterales a la humanidad, sin que nadie se lo haya propuesto. Así, entonces, en los diez mandamientos de la ley de Dios, según Moisés, se prohíbe fornicar, e igualmente se proscribía desear a la mujer del prójimo. Violar estos mandatos, se predicaba, acarrea infernales castigos en la vida y, en especial, en la muerte, lo cual puede explicarse en el afán

del ser humano por domesticar sus más fuertes instintos.

Pero ocurre que las dos prohibiciones citadas se empacaron simultáneamente en el conjunto de otras desautorizaciones esenciales, a saber: no matar y no robar. Aparentemente, esta circunstancia puede conducir a pensar que es igual de condenable disfrutar de una relación sexual por fuera del matrimonio o suspirar por la mujer del vecino que acabar con la vida de una persona o apropiarse de un bien ajeno.

Surge, en principio, una comparación que clarifica. Por más homicidios o robos registrados en la historia del ser humano, es infinitamente mayor el número de veces que se fornicaba o que se desea a la mujer del otro, conductas díscolas que no duermen y concluyen con la vida.

Los bípedos humanos, unos luchando más que otros con su conciencia, incurren reiteradamente en la violación de los mandamientos referidos al sexo, con el consecuente remordimiento y propósito de enmienda, que tienden a durar más o menos poco. Y claro, hay otros individuos que realizan estos mismos actos sin ningún reproche interior o temor al castigo inhumano en el más allá, fenómeno que parece generalizarse, a pesar de que se mantiene el sermón sobre la gravedad de estas conductas.

Pero, ¿qué puede ocurrir en el inconsciente de un pobre hombre o de una pobre mujer que viola sistemáticamente estas dos prohibiciones que comparten el mismo ámbito y la misma categoría de los mandamientos sagrados de no matar y de no robar?

Puede pasar, visible o invisiblemente por la cabeza de cada sujeto, que si su actuar y su deseo

sexual se repiten en medio de tibias culpas y remordimientos, o exento de tales sentimientos, sin que se mengüe su existencia vital, matar y robar sigan la misma huella y el mismo camino, con una que otra preocupación que tiende a desaparecer y dar paso, simplemente, a la precaución, para que el acto no sea descubierto y castigado con penas de prisión o más severas, por las autoridades designadas para tal fin por la comunidad.

Con los asesinos y los ladrones no se puede correr el riesgo de que sus conductas absolutamente dañinas para la convivencia humana se asimilen a los comunes y naturales arrebatos sexuales que podrían ser regulados por normas de higiene y educación ambiental, con el fin de evitar enfermedades y de atacar la explosión demográfica, con un componente moral definido privadamente por cada individuo, para consigo mismo o para con sus parejas.

Matar y robar deben ser dos prohibiciones superiores, que no deberían acompañarse de otras con las que se puedan diluir, igualar o confundir, e independientemente de las creencias religiosas que cada persona profese. Es más, los creyentes y no creyentes fácilmente se pondrían de acuerdo en condenar ambos comportamientos en una cruzada pública, lo que constituiría una ética o moral civil obligatoria para cada miembro de la sociedad, la cual podría concentrar todas sus energías en inculcar desde la misma concepción del ser humano estas dos prohibiciones, sin compañías desorientadoras.

Aunque las distintas religiones, con su inmenso poder de

sugestión, mantengan en el mismo plano las conductas descritas, la verdad es que en las normas jurídicas de muchos países se diferencian significativamente unas de otras. Así, robar y matar son considerados delitos, pero las relaciones o los deseos sexuales libres no alcanzan a llegar al código penal, lo que está marcando una desemejanza radical que debe llevarse a la conciencia y a las andanzas de todos los ejemplares humanos, piadosos o mundanos.

No obstante la distinción esencial contemplada por estas normas jurídicas, las reglas religiosas siguen marcando las pautas de comportamiento, en especial en aquellos países donde el Estado y la Iglesia se confunden en la práctica cotidiana, o donde esta última congregación impone sus costumbres, sus ritos, sus celebraciones y, en general, sus creencias. De este modo, el referente ordinario de los individuos se reduce al universo religioso, y el mundo jurídico simplemente es un accesorio, a veces extraño y lejano.

No se trata, tampoco, de hacer una apología a ultranza de las normas jurídicas, pero alrededor de ellas se pueden asociar creyentes y no creyentes para pensar y diseñar unos mínimos principios sin los cuales es difícil hacer parte de un grupo humano pacífico y cordial. Construir racionalmente unos mandamientos civiles obligatorios para todos, sin perjuicio de que cada religión constituya sus propias prescripciones éticas o de etiqueta, siempre y cuando no afecten directa o indirectamente los mandatos primeros.

Sería un buen comienzo concertar el no matar y el no robar

como normas morales y jurídicas supremas sin la cercanía de otras sobre las cuales definitivamente no hay consenso, y de este modo contribuir eficazmente a que el prójimo no sea una amenaza para los demás. ¿Por este atajo se aportaría al propósito de eliminar el reino de la violencia y de la corrupción?

lfmejia@udea.edu.co



¿Otra señal de los tiempos?

Eliseo Gil

Gracias al acoso de los *hackers*, modernos corsarios de los diversos mares digitales, el mundo sabe cuán simétrica es Scarlett Johansson en la intimidad de su aposento. Tres fotos robadas de su celular, pese a las amenazas de sus abogados, aparecieron en los periódicos y en las páginas de Internet para interés de los lectores y de un público que ya no tiene que imaginarse cómo es Scarlett a la hora del té. Ella es una víctima más de un oficio que va a la caza de la estela que dejan los famosos y del plancton que alimenta a millones de cardúmenes y peces gordos. Una cosa por otra, se dirá; quien es famoso y además bello y rico, no puede pretender que lo suyo sólo sea suyo y no de los demás; de los demás es también lo que laptops, celulares, Ipods y BlackBerrys esconden como un secreto en lo profundo de sus entrañas y que lo mejor es tener arropado: son los riesgos de un mundo donde lo íntimo

y personal es cosa pasada y ahora tiene un precio. Salvo una, las fotos habían sido tomadas por la actriz, allí en su alcoba, sirviéndose del juego de espejos, para contemplarse la espalda y el culo, que, vistos y revistos, merecen todos los ditirambos conocidos. Ahora no sólo son sus voluptuosos labios, sino también sus otras reconditeces, lo que de ella deseamos.

Hasta hoy las imágenes suyas conocidas se habían detenido en las fronteras de siempre; es decir, sin ir más allá de lo conveniente. De lo que insinúa pero no muestra. La imagen más atrevida quizás fuera aquella que acompañó los créditos de la película *Perdidos en Tokio* donde aparece desnuda, echada en la cama, sin dejar ver mucho pero sí adivinar cómo la niña, intérprete genial, de la noche a la mañana había devenido en sensual sirena, de la que empezaba a sacar partido Hollywood.

Para cuando se publique esta nota, satisfecha la curiosidad del primer momento, el asunto seguramente habrá perdido todo interés, dada la ola de hechos y sucesos, de inmasticable información, con que los medios llenan la vida de cada día, ninguno digno de recordarse a la larga, cualquiera sea su condición. ¿Quién recuerda la rebelión marroquí, sepultada por la primavera egipcia, y ésta a su vez por el alzamiento contra Kadafí?, ¿o que Santos es el presidente de Colombia?

Los hechos se suceden uno tras otro, y su pasajero registro, su vigencia apenas, nos pone a dudar sobre si realmente acontecieron o son fruto intencionado de algún poder informativo delirante o de una entidad excitada

que busca jugar con nosotros. De alguien, algún Dios interesado en tentar nuestra capacidad de comprensión, sometiéndonos a una simultaneidad múltiple, infinita, y tan ilusoria como el pensamiento mismo, de la cual, sin importarles mucho el resultado, hacen eco periódicos, revistas, libros, emisoras, redes sociales, etc., en el proceso de convertir todo en una irrealidad más o en la realidad de un solo momento o de momentos que pasan sin otro fin que el pasar mismo.

De ahí que, a diferencia de otras épocas en las que el planeta apenas rodaba o se movía y la memoria era un cofre donde destellaba lo que allí se guardaba para siempre, hoy ya olvidamos qué aconteció ayer y poco nos importa, siervos de un presente en el que dogmas, fe e ideologías se metamorfosean, tocadas por igual mal, con capacidad camaleónica y al ritmo aceleradísimo con que cambiamos un Ipod por otro. ¿Malos tiempos? ¡Cómo saberlo! Quizás distintos, aunque me parece que no son buenos tiempos los que en cuestión de unos días, como si se tratara de una baratija más, ni usted ni yo sepamos ya cómo era el culo aquél, de la actriz aquella, de la que no recordamos nada.

